

La inmigración que está por venir

Gabriel Delgado Pérez

Delegado Episcopal de Migraciones. Cádiz.

I. La inmigración desde la puerta del sur de Europa

Quisiera partir de algunas *claves* que determinan la comprensión que tengo de este fenómeno de la inmigración.

Acompañar la esperanza

Mi contacto con el mundo de los inmigrantes viene por el trabajo pastoral en la Delegación Diocesana de Migraciones, desde donde buscamos respuesta pastoral a esta gravísima realidad que sufren tantas personas.

En la Delegación optamos por que no sea una pastoral marginada especializada en hombres y mujeres marginados, sino una tarea de toda la Iglesia Diocesana que ha de acercarse con una actitud misionera y acogedora para acompañar la esperanza de tantos inmigrantes. Una presencia de Iglesia que apuesta por la justicia y por la defensa de una legislación más justa, que respeta la distintividad y valora la riqueza humana que ello supone, que quiere ayudar a la integración social y que considera que las posturas asistencialistas dificultan este proceso, que cree en la solidaridad como camino de encuentro entre los hombres.

Como creyente miro esta realidad desde una clave religiosa. Creo que Dios está presente en la historia humana y que hoy se hace especialmente presente a través de las masas empobrecidas del Sur. Y que desde el Sur interpela a todos los que estamos situados en el Norte.

La proximidad geográfica

Nuestro enclave geográfico es hoy uno de los llamados «puntos calientes de la inmigración». Aquí se vive y se siente como uno de los graves problemas de fin de milenio.

La situación de la provincia de Cádiz, abierta al mar, con una historia milenaria de acogida y apertura a otros pueblos y culturas, convierte a nuestra tierra en una puerta privilegiada de acceso o de freno a la inmigración

proveniente del continente africano. La puerta sur de Europa es hoy uno de los puestos fronterizos más observados por la Unión Europea. Un lugar privilegiado de paso para centenares de miles de trabajadores magrebíes que se desplazan a trabajar a Europa y que utilizan las carreteras de la provincia de Cádiz para regresar de vacaciones a su tierra. También se ha convertido en una gran muralla a sortear, a veces de forma trágica y dantesca por muchos inmigrantes que, por carecer de los correspondientes permisos y de una documentación en regla, no pueden acceder por los conductos ordinarios al continente europeo.

La costa gaditana mira de cerca a la del continente africano. Los catorce kilómetros que separan, por mar, las playas de Tarifa del norte de Marruecos hacen que los días de claridad luminosa uno se pueda recrear contemplando, a lo lejos, en el horizonte, las montañas, las casas las luces nocturnas y el mismo cielo azul. Tan formidablemente cerca que casi nos podemos dar la mano y tan escandalosamente lejos, ya que nos separa el abismo que va desde el Sur hasta el Norte.

Se comprende el sueño de tantos miles de inmigrantes africanos de cruzar la frontera y el mar que los separa del bienestar que se vive en el Norte. Un sueño en el alma, una «patera» ofrecida por esa maraña de grandes o pequeños traficantes mafiosos, empeñar todo y conseguir 150.000 pesetas para pagar el viaje y comienza esa aventura de catorce kilómetros llena de misterios de los «espaldas mojadas».

Hay un Norte porque existe un Sur

Abordar el tema de la inmigración de Europa y en nuestra provincia exige reconocer la existencia dramática y angustiada del «Tercer Mundo», que reclama un cambio de actitud de los países desarrollados por razones de justicia, de solidaridad, de paz y de convivencia para todos.

No cabe duda que hay una interdependencia entre mundo rico y mundo pobre y que nunca se hubiera dado un bienestar tan alto entre nosotros de no existir un «tercer mundo». La prosperidad y la abundancia de

los países ricos tienen relación directa con la pobreza y el atraso de los países pobres. No quisiera hacer una reducción simplista, pero hay un marco mundial de control e influencia, dominado por los grandes centros de decisión de poder económico y financiero, que determina esa interdependencia planetaria a la que ninguna zona de la geografía escapa.

En la raíz de las causas del fenómeno migratorio está el desequilibrio mundial: «las migraciones aumentan hoy en día porque se acentúan las diferencias entre los recursos económicos, sociales y políticos de los países ricos con los de los países pobres» (Juan Pablo II. Jornada del Emigrante, 1992).

De todas formas, a la hora de analizar el fenómeno migratorio, creo que, en general, hay que situarse frente a él como un fenómeno estructural del sistema económico.

Las migraciones, normalmente, llegan porque el sistema económico imperante las necesita. El capital se concentra en el espacio geográfico que le interesa para conseguir un margen rápido de beneficios y no le importan las personas, ni el coste humano.

Recordando una historia reciente: la maleta y el vagón de tercera

Nuestro pasado inmediato en la década de los sesenta nos podría ayudar a acercarnos al fenómeno de la inmigración con un mayor grado de comprensión y casi como expertos, ya que aún estamos dando el salto de ser un país de emigración a la nueva realidad de convertirnos en un país de acogida de la inmigración.

Andalucía fue uno de esos pueblos destinados a ser carne de emigración. Nuestra gente salió de sus pueblos, durante muchos años posibilitó el desarrollo de otras regiones y que las divisas de la emigración fueran una bocanada de aire fresco en aquel sistema económico. Aún estamos pagando esa historia. Mientras otras regiones se montaron en el tren de los planes de desarrollo industrial y despegaron económicamente, nosotros tuvimos que abandonar muchos pueblos y nos desplazamos a esas zonas geográficas o a la emergente Europa. Esa historia, unida a otras causas, nos siguen determinando como una región con un raquítico tejido industrial, con una escasa clase empresarial y con muy poco desarrollo económico.

No será difícil que encontremos en nuestro entorno familiar o social más cercano la experiencia de alguien conocido que vivió el fenómeno de las migraciones.

Como pueblo nos vendría bien sentarnos a la mesa con nuestros paisanos emigrantes y recordar con calor humano aquellos momentos; la maleta, el tren, las despedidas, un viaje largo, la llegada a una tierra desconocida, el contacto con otra cultura, la dificultad de no hablar la misma lengua, el cambio de costumbres, la soledad, el sufrimiento, la separación y la distancia con los

tuyos, tantas cartas escritas en la tarde de un sábado o domingo, tantos silencios, tantos atropellos, tantas injusticias.

Y hacer memoria de que hubo que luchar para reclamar un trato digno y para lograr que se respetaran unos mínimos derechos. De todo eso tendrían mucho que decir los capellanes de la emigración, las asociaciones de aquellos momentos y los funcionarios de los consulados y embajadas españoles.

Esta memoria histórica nos puede dar cercanía, proximidad, calor y comprensión para afrontar este fenómeno de los inmigrantes que nos llegan.

Porque hoy ocurre igual con los países pobres que están más allá del mar que nos separa: emigran buscando las riquezas de los países ricos. Donde se concentra el capital, la riqueza y el bienestar allí vuelven a concentrarse las personas.

El inmigrante es trabajador

Hay muchos modismos que se suelen emplear cuando nos referimos a los inmigrantes que nos llegan: sudacas, morenos, negros, moros, espaldas mojadas, transeúntes, ilegales, marginados ...

Casi siempre son palabras que esconden una actitud negativa, en ocasiones despectiva o racista y, a lo sumo, «caritativa». Muchas veces los tratamos con muy buena voluntad, pero como indigentes y necesitados. Cuando llegan a una ciudad se les indica el camino más cercano de un Comedor de Cáritas, de un albergue público, de una Parroquia o de una ONG que les saque del apuro cotidiano y les pague un viaje a otra ciudad donde repetir la historia. Y así entran en esa máquina de la dependencia y la «caridad».

Quisiera partir de una clave diferente: son trabajadores. Hay trabajadores fijos y temporeros, trabajadores ocupados y trabajadores en paro, trabajadores de Convenios y trabajadores de economía sumergida. Está tan estratificada la clase obrera que hay muchos que dicen que se acabó, que no existe, que eso es del pasado.

Cuando veo a los inmigrantes siento que hay otra categoría dentro del mismo mundo obrero: hay trabajadores del «primer mundo» y trabajadores del «tercer mundo». Estos inmigrantes son trabajadores de países donde el paro es impresionante y donde la economía de una familia es una aventura cada día para sobrevivir. Y vienen buscando un empleo, un trabajo, que se respete su dignidad de trabajador. No es lo mismo contemplarlos como indigentes y marginados, relegándolos a ser mero objeto de los servicios sociales, que verlos desde otra clave que les permita ser sujeto de su liberación y de su inserción. Cometemos el mismo grave error con nuestros antepasados. Sin quererlo convertimos a los parados y a los inmigrantes en marginados y los introducimos en la rueda del asistencialismo.

No se trata de llevarlos a Cáritas, sino de ayudarles a recuperar su dignidad, de invitarles a entrar en el carro de intentar cambiar esta historia.

II. La inmigración clandestina actual y la que está por llegar

1. Los inmigrantes clandestinos son los nuevos esclavos del siglo XXI

A pesar de que estemos en el marco del 50 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y ya al final de este segundo milenio, los inmigrantes son uno de los colectivos más desprotegidos, en el campo de los derechos, y casi podríamos decir que muchos de ellos, los clandestinos, son los nuevos esclavos del siglo XXI.

Como hemos dicho anteriormente, nuestro entorno geográfico se ha visto afectado en estos últimos años por dos graves fenómenos relacionados con la inmigración irregular o de personas indocumentadas: la llamada «invasión» de pateras magrebíes en las costas tarifeñas y el incremento de inmigrantes subsaharianos y argelinos retenidos en el campamento de Calamocarro, en Ceuta.

Así pues, el Estrecho de Gibraltar con la costa que va desde Tarifa a las playas de Véjer y, de otra parte, la ciudad de Ceuta, se han convertido en el punto caliente de la inmigración irregular o indocumentada proveniente del Tercer Mundo.

Estas personas «sin papeles», indocumentadas, se encuentran sin duda en la situación más dura de todas las que pueda generar la emigración, ya que administrativamente no existen, no son sujetos de ningún derecho, pero tienen que vivir.

El sueño de cruzar la frontera inventará muy diversos procedimientos: una patera, el interior de un contenedor, los ejes de un camión, la bodega de un barco, o sabe Dios que otros medios.

No sabemos cuantos son. En todo caso, lo más lamentable es su situación, de la que además ellos no son los culpables, sino las víctimas. Vienen huyendo de la pobreza y de la miseria económica, en la mayoría de los casos. Y vienen marcados por el sufrimiento, la inseguridad, la soledad y el miedo.

Buscan vivir la vida, tener un respiro, una casa, una tierra, el pan y la sal para ellos y los suyos.

Son el reflejo de un mundo injusto. Producto de un sistema injusto e inhumano que controla y promueve los mecanismos políticos y financieros que hacen que los pueblos pobres sean cada vez más pobres para que los ricos sigan siendo cada vez más ricos.

Han dejado atrás su tierra, su familia y hasta su identidad para buscar el bienestar y el trabajo del Norte rico.

Y se van a encontrar con una gran dificultad o casi imposibilidad de encontrar trabajo, con falta de recursos para acceder a una vivienda digna, no van a poder gozar fácilmente de la protección social. Son candidatos ideales para la marginación y para la explotación por parte de empresarios poco escrupulosos.

2. La costa de Tarifa y los «espaldas mojadas»

Una travesía de catorce kilómetros separa la miseria y el sueño dorado. Por eso hacen todo lo posible por reunir el dinero necesario para costear un viaje cuajado de esperanzas. Tienen entre 16 y 35 años, la mayoría de ellos son varones. La familia y a veces los vecinos ayudan para el viaje. Un viaje que, en ocasiones, es a ninguna parte porque el mar se traga todas las ilusiones.

Las primeras oleadas de pateras cargadas de inmigrantes suceden en el verano de 1992. Es el principio de un fenómeno que ha ido en aumento.

No ha servido de mucho intensificar el control fronterizo. Salen de noche, en la oscuridad, mejor si no hay luna. Viajan sin documentación para evitar ser repatriados. Parten de cualquier punto del litoral de Marruecos. Vienen hacinados en pateras; una media de veinte personas por embarcación. Las mafias lo tienen perfectamente controlado y organizado. No son nuevas, son las mismas redes marroquíes que se dedicaban al tráfico del tabaco y del hachís y que ahora redondean el negocio con el tráfico de inmigrantes. Tienen sus contactos en España y en Europa. Lo cierto es que a costa de la necesidad de la gente han montado un rápido sistema de enriquecimiento. A veces es tal el engaño de las mafias que tras varias horas de travesía vuelven a desembarcar en otro punto de Marruecos.

A otros la suerte les vuelve la espalda de forma trágica. En los últimos años se han encontrado doscientos cadáveres en nuestras costas. No se sabe cuantos se habrán encontrado en Marruecos y nunca se sabrá cuantos habrán desaparecido para siempre en ese cementerio marítimo del Estrecho.

Los más afortunados, que han logrado llegar, sobreviven, en general, en situaciones precarias en cualquier parte de Europa.

El precio de un viaje varía entre las cincuenta mil y las doscientas mil pesetas, dependiendo del tipo de embarcación hay quien ha pagado cantidades superiores. Unos dos millones puede suponer el negocio de un viaje «al completo».

Lo peor es que estas redes trabajan con total impunidad. El nuevo Código Penal considera que estos traficantes cometen una infracción contra los derechos de los trabajadores y las penas pueden oscilar entre tres meses y tres años de prisión, pero normalmente no terminan en la cárcel.

A pesar de los controles y de las declaraciones oficiales es una inmigración permanente.

3. Ceuta y la inmigración subsahariana y argelina

Al otro lado del Estrecho: Ceuta. Es una ciudad comercial en la que conviven desde hace siglos cuatro culturas: católica, musulmana, hebrea e hindú. Una ciudad multicultural con graves problemas de pobreza en los núcleos de población musulmana que progresivamente, año tras año, van creciendo en la ciudad.

Su situación geográfica le ha impuesto una difícil tarea. Tiene el encargo de ser la policía encargada de custodiar la puerta sur de la Unión Europea.

A esta ciudad, además de los inmigrantes magrebíes, han ido llegando africanos de otros países. Desde el año 1994 se han ido concentrando africanos procedentes de Sierra Leona, Liberia, Ruanda, Zaire, Mauritania, Camerún, Senegal, Nigeria y otras zonas.

Han hecho grandes travesías. Caminando y en muy diversos transportes. También han pagado sus tributos a las mafias y, en algunos casos, a las policías fronterizas. Para algunos el viaje ha sido una odisea en la que no han faltado la represión y la cárcel.

Tienen la posibilidad de llegar a la península reclamados por las ONGs sin tener que recurrir a la ilegalidad o ponerse en manos de las mafias de las pateras.

Al mismo tiempo, también ha existido en «Calamcarro» un colectivo de inmigrantes argelinos. Este colectivo estaba discriminado y no podía pasar dentro de los programas de acogida. Últimamente ha entrado a beneficiarse de los programas oficiales de traslado a la península.

4. La punta de un iceberg

En los ambientes próximos a la inmigración se coincide en que esto no es más que la punta de un iceberg que va asomando.

La situación en muchos países africanos es insostenible. Lamentablemente las diferencias con el Norte rico se van haciendo abismales.

El flujo de inmigrantes que vienen subiendo desde diversos lugares de África hacia Marruecos va en incremento. Por las calles y ciudades de Marruecos cada vez se ven más africanos subsaharianos. Subsaharianos, argelinos y marroquíes aguardan la primera oportunidad para poder cruzar la frontera.

De otra parte, este flujo migratorio es un buen argumento de presión social a Europa que las autoridades de Marruecos no desaprovechan.

5. Lejos de una política migratoria solidaria

Se sitúa mal el debate de las migraciones cuando se centra en la alternativa de fronteras totalmente abiertas o fronteras cerradas a cal y canto.

Sería de ingenuos bondadosos una política de fronteras abiertas sin acompañarla de otras medidas complementarias, y daremos la peor y más cruel imagen de insolidaridad con una política de fronteras totalmente cerradas y férreamente controladas.

Ante esta problemática, la tendencia actual en Europa y también en España es el cierre de fronteras y el refuerzo de los controles policiales con lo que se origina el aumento del flujo incontrolado de inmigrantes clandestinos. Al respecto, también se ha pronunciado Juan Pablo II: «los países ricos no pueden desentenderse del problema migratorio y aún menos cerrar las fronteras y hacer leyes más restrictivas sobre todo porque las diferencias entre los países ricos y pobres aumenta. Se impone una reflexión y una búsqueda de criterios más rigurosos de justicia aplicable a escala mundial» (Jornada del Emigrante, 1992).

Consecuentemente los ciudadanos de los países pobres ven conculcados los derechos fundamentales de la persona humana: *el derecho de cualquier ciudadano a vivir dignamente en su propia patria* –debido al injusto sistema económico y financiero controlado por los países ricos que genera una desigual distribución de recursos– y *el derecho a emigrar* cuando los países ricos cierran fronteras y hacen leyes para reforzar los controles.

El fenómeno de la emigración, desde luego, no se resolverá con medidas policiales y con políticas rigurosas y restrictivas. Quisiera ofrecer algunas pistas a un debate necesario y urgente:

1. Hay una realidad evidente y machacona: la inmigración proveniente de los países pobres, especialmente en nuestro caso los países africanos, es un fenómeno imparable y en aumento y crecimiento. Lo de ahora puede ser sólo la punta del iceberg que va a surgir. No se pueden cerrar los ojos.
2. Se trataría de establecer una auténtica, real y eficaz política de ayuda al desarrollo económico, social y cultural de esos países y regiones. Es, entre otras, esa permanente demanda de ayuda al desarrollo que abanderan las organizaciones sociales con movilizaciones como las del 0,7 y con programas de actuación en tantos países.
3. Hay una gran pregunta que debemos hacernos desde Europa y España: ¿Con cuántas personas estamos dispuestas a compartir nuestro proyecto de sociedad y nuestro grado de bienestar? Eso supondría realizar una política solidaria e integradora.

A este reto hay que responder desde la Administración Pública y desde el conjunto de la sociedad. Y concretarlo en normativas y en medidas políticas.

Hoy en Europa y en España, como decía hace poco el Secretario de la Conferencia Episcopal, se dan las condiciones reales para acoger, en igualdad de derechos y deberes, a muchos más inmigrantes de los que existen en nuestro país.